



La historia se escribe con los pies

Una conversación con Nora Strejilevich en Valparaíso
(25 de septiembre de 2023)

por María Eugenia Kokaly

NORA STREJILEVICH es una escritora y docente argentina cuyo interés medular es el legado del genocidio a partir de su propia experiencia como sobreviviente y exiliada. Tras su liberación del campo de concentración “Club Atlético” (1977) fue asilada política en Canadá, donde se doctoró en literatura latinoamericana (UBC).

Se desempeñó como profesora en Canadá y EE. UU. (1991- 2011), sobre todo en la Universidad de San Diego, California (SDSU). Su enseñanza se centró en las producciones artísticas y literarias que configuran el ‘espacio testimonial’. En los últimos años realizó su trabajo en la Universidad de Chile, Santiago (2012) y en el Centro de Estudios del Genocidio de la Universidad de Tres de Febrero, Buenos Aires (2013). La Universidad de Konstanz (Alemania) la invitó a colaborar con su equipo de investigación sobre Narrativas del Terror y Desaparición (2013-2014).

Ha dictado seminarios graduados sobre violencia estatal y literatura en Middlebury College (Buenos Aires, 2014-15) y, con el apoyo de la beca Fullbright, en la Universidad de Milán (2015) y en la de Valencia (2018).



Ha publicado cuentos (“Inventario”, “Anamnesis”, etc.), autobiografía (“Too Many Names”), poemas y ensayos. *Una sola muerte numerosa* le ha dado reconocimiento internacional. Esta obra, galardonada con el Premio Nacional Letras de Oro para novela (USA 1996), se publicó en castellano (1997, 2006, 2007, 2018, 2023), se tradujo al inglés (*A Single Numberless Death*, 2002), al alemán (*Eineinzelnervielfacher Tod*, 2014) y al italiano (*Una sola morte numerosa*, 2018). La puesta en escena de la adaptación teatral fue premiada en USA (Michigan 2002). El libro también inspiró una docuficción, *Nora* (Italia 2005). Por último, la novela se estudia en cursos de universidades de Alemania, Argentina, Austria, Brasil, Canadá, Colombia, Chile, Estados Unidos, México, Italia y Francia. *Un día, allá por el fin del mundo* (2019) es un libro autobiográfico sobre un exilio viajero que intenta imposibles fugas de la memoria traumática.

Publicó también el ensayo *El arte de no olvidar: literatura testimonial en Chile, Argentina y Uruguay entre los '80 y los '90* (2006), vinculando estas narraciones al horizonte sociohistórico y político y *El lugar del testigo. Escritura y memoria* (2019), Mención Honorífica del Fondo Nacional de las Artes, Argentina (2017), repone el debate sobre la narración del testigo.

Conocí a Nora en un congreso en la Ex-ESMA, en Buenos Aires. Esa vez sólo nos saludamos con la amabilidad de este tipo de encuentros. Luego, otro congreso nos llevó a la India y, entre bromas y seriedades, establecimos una complicidad bonita. El intercambio de números telefónicos hizo que pudiera estar pendiente de ella para la conmemoración de los 50 años del Golpe civil-militar en Chile y que pudiéramos acordar un diálogo, tranquilas. Estuvimos juntas un par de días en Valparaíso, ciudad en la que vivo. Paseamos bajo el sol, a la orilla de la playa. Luego de largas conversaciones casuales, nos sentamos en el afán por comprender tanto su trabajo actual como el rol que tienen las militancias en tiempos convulsionados para el Cono Sur.

Un par de datos previos. En distintos momentos, y sin importar desde dónde comenzara el diálogo, nos enfrascamos en discusiones intensas procurando entender lo que está pasando en nuestros países y lo que nos conmueve en esas coyunturas. Desde mi lado, luego de un estallido social esperanzador y de un fracasado proceso constituyente, le planteo a Nora la inutilidad de la lucha callejera como herramienta de cambio en el escenario actual. Ella, tranquila y sonriente como siempre, instala un punto que considero crucial: “Fue un hito –me dice refiriéndose al estallido– tal como fue un hito el gobierno de la Unidad Popular. Se trata de hitos que abren procesos y formas de seguir avanzando en las discusiones y en los métodos de lucha popular”. A partir de aquí, y tomando esta base, le sugiero conversar en torno a algunas preguntas, que fueron transcritas y revisadas a posteriori para dar más contexto.

María Eugenia Kokaly: Te conté que estos días estuve viendo una película que se llama *El odio (Le Heine)*, una película francesa, y ahí hay una parte que es con la que empieza y termina y me parece que a lo mejor podía ser un buen punto de partida. Dice: “Es la historia de una sociedad que se cae. Según va cayendo, se repite sin cesar, para tranquilizarse ‘Hasta ahora todo va bien’, ‘hasta ahora todo va bien’, ‘hasta ahora todo



va bien'. Lo importante no es la caída, sino el aterrizaje". En estos tiempos donde se niega la experiencia de los crímenes de lesa humanidad, también se inhabilita la voz del testigo. Lo que se ha denominado 'la crisis del testimonio' ¿Te parece que hablemos un poco de esto?

Nora Strejilevich: Yo no creo que haya una crisis del testimonio. Lo que creo es que hay poderes, como el que describe Pilar Calveiro en su libro *Poder y Desaparición* (que ella llama "poder desaparecedor") que quieren desaparecer la historia, quieren 'chupar'. Uso acá el lenguaje de los desaparecedores que quieren chupar, borrar totalmente nuestra historia. Ya intentaron hacerlo durante las dictaduras y ahora lo quieren volver a hacer de otra manera. Pero el testimonio en sí y las fuerzas que lo sustentan –la creencia y la convicción de que hay una voz que no puede ser acallada– persisten. Entonces no es la crisis del testimonio. Es una crisis global que surge como ola fascista y se verifica con toda brutalidad en nuestros países, donde los remesones son de alta intensidad, aunque no padezcamos una guerra con mayúsculas. En nuestros países se siente muy tajantemente esta voluntad de tachar al otro y que consiste en que una 'verdad' decide aplastar a todas las demás porque se considera la única. Nosotrxs tenemos otro tipo de verdad: la nuestra no trata de aplastar a la otra; aunque algunxs tomaron las armas, su plan nunca fue el exterminio. Yo creo que la historia de 'nuestro lado' se hace con los pies, se escribe con los pies y es un texto que se va escribiendo a lo largo de la historia. No sólo marchamos: escribimos la historia cuando marchamos porque las revoluciones no se hicieron sin gente saliendo a la calle con sus pies, ocupando espacios, ocupando –como se dice ahora– territorios y levantando sus voces. Nunca se hizo nada sin eso. Estoy leyendo en estos días *Wanderlust. Una historia del caminar*, de Rebecca Solnit, que me inspira en este sentido. Ella dice que marchar es una forma de escribir la historia.

Hicimos una caminata de noche, por Santiago, el 9 de septiembre pasado (durante la conmemoración de los 50 años del Golpe). Era una suerte de procesión que seguía cierto recorrido que se hizo por edificios emblemáticos; proyectaban discursos de Allende que eran también emblemáticos y, entre unos y otros, él *caminaba con nosotras*. Ese símbolo es muy real porque él escribió la historia así, caminando con la gente a la que escuchaba, tratando de responder a sus necesidades. Por eso fue un líder tan importante, porque por fin alguien elegido democráticamente caminaba escuchando lo que decía la gente. Entonces, volviendo al texto de la historia, yo creo que el estallido social, del que hablábamos en estos días, fue una línea de esa historia, o un párrafo. Esos estallidos se los apropia la historia con mayúscula; ahora no se puede hablar de este instante del siglo sin hacer referencia al estallido. Los estallidos son momentos hipnóticos que seducen y arrastran como olas, pero olas de entusiasmo, de pasión, y donde se pierde el miedo no porque nos volvamos heroínas, sino porque brota una ola fraternal-maternal. En esa ola se danza con el miedo. Yo muchas veces tengo miedo cuando voy a una marcha porque sabemos que a menudo termina mal para muchas personas; pero a la hora del auge hay un efecto misterioso que hace que se pierda el miedo. Así de potente es la acción callejera.

Ahora bien, siguiendo la idea de que la historia se escribe con los pies, en esa caminata en la que proyectaban discursos de Allende se palpaba el gran proyecto que



tenía y que sigue siendo, todavía, un fin a alcanzar por nuestros países. Hacia el final de la caminata, ya en el Palacio de La Moneda, se escucharon sus inolvidables palabras antes de morir. No fue un discurso quejoso, lamentando el desastre: lo que hizo fue abrir el futuro con su inolvidable "...mucho más temprano que tarde, de nuevo abrirán las grandes alamedas por donde pase el hombre libre para construir una sociedad mejor". Esto no es sólo grande por su visión, lo poderoso es la apuesta a que eso va a persistir. Por eso, volviendo a tu pregunta, la palabra crisis puede dar a entender que estamos en algo ante lo cual no podemos casi hacer nada, pero él marca un camino: la resistencia. La palabra crisis me suena muy grande...

María Eugenia Kokaly: Yo lo pensaba más bien como que tenemos un problema y nos vemos en la encrucijada de buscar formas de solucionar. No lo pienso como una sentencia.

Nora Strejilevich: Cuando me decías que estamos cayendo, cayendo pero lo que importa es el aterrizaje, yo creo que es al revés. No importa el aterrizaje, lo que importa es qué vamos haciendo en el camino: no dejarnos caer. Cuando decimos "nunca más" no creemos que podamos lograrlo, pero sabemos que hay que llenar esa expresión de contenido y luchamos por cada uno de esos "nunca +", como en la marcha de las mujeres el día 10 de septiembre, que repartieron una lista de NUNCA +, que todas leímos al unísono: "NUNCA + la democracia bombardeada, NUNCA + desaparecidos, NUNCA + erradicados, NUNCA + ideas censuradas..."

Lo que decíamos también, en nuestras conversaciones previas, es que no se trata de hacer resistencia por Internet, que en las calles se escribe la historia. El estallido la escribió, por eso mismo, y cuando una se desinfla y deja las calles a merced de los vientos intempestivos que vengan, cuando la abandona, eso se traduce en una derrota. Mientras podamos salir tenemos que hacerlo. Porque a veces no podemos, a veces realmente hay una derrota y avanzan las prohibiciones y los estados de sitio ¿Qué son los estados de sitio sino la prohibición de caminar? La caminata es una comunicación con el cuerpo, no manda ondas por Internet: también puede servir para citarse para una marcha, pero eso que llamamos 'militancia' exige el cuerpo presente y exige el compromiso con algo: la creencia en que hay que empujar, en que hay un rol del individuo en la historia colectiva. No está escrito que tengamos que retroceder y que no hay nada que hacer. Eso no está escrito en ningún lado.

Cuando te ponés a escribir narrativa, te dejás llevar por lo que estás escribiendo o, más bien, lo que estás escribiendo te lleva y vas creando un texto. Lo mismo sucede cuando te dejás llevar por una marcha, por la emoción, por el ensamblaje de todos esos seres que salen en un mismo momento y con un mismo objetivo y van creando juntos. En este caso nace una escritura colectiva de algo que es inesperado y eso inesperado da alegría (hay otros inesperados que no la dan). El estallido es esa alegría de la creación, la sensación de que podemos, que se multiplica cada vez que hay un hallazgo (de consignas, de organización, de música). La persona que lo vive lo descubre en sí misma y aunque venga después lo que llamamos derrota, no es una derrota en este caso, porque muchxs conocieron esa experiencia y siguen con sus vidas. Eso no te lo quita



nadie y en cualquier momento lo tenés como un reservorio existencial que resurge. Eso es lo que la gente se olvida porque somos muy efectivistas. Si lo medís por el resultado, ahí sí perdés; pero lo que conmovió a varias generaciones en esos días inolvidables en Chile no lo van a olvidar nunca; y si no lo olvidan, lo van a poder poner en práctica en otras ocasiones.

El olvido no es algo que se pueda proponer como se proponen cosas intelectualmente. El olvido no se produce cuando hay experiencias intensas. El ser humano responde a ciertas pulsiones y hay una pulsión de contar. Primo Levi dijo que cuando salió de Auschwitz se encontraba con gente en la calle o en el bus, con cualquiera, y empezaba a hablar. A contar de dónde venía, qué le había pasado. Por eso digo que ese deseo de imponer olvido que tienen los fascismos, el gesto del borramiento, es una utopía imposible, una fantasía imposible. Dejan, eso sí, a las sociedades traumadas, ese es el problema. Son miedos antiguos, pero presentes. Si hablamos del cuerpo, eso te quedó en el cuerpo y no hay vuelta a que darle. Pero cuando estás con otros, como bien decías cuando me contabas tu experiencia del estallido, gran parte de ese terror que también recordamos, de alguna manera se deja de sentir porque estás protegida, porque están los de la avanzada, porque sabés que te colocaste en un lugar que podés enfrentar y porque estás rodeada de un colectivo que te apoya. Porque están todos en la misma. Estar todos en la misma no es fácil en estas sociedades donde se ha inyectado que cada uno está en la suya. Por eso, cuando estás en una calle con todos en la misma, cambia la calidad de la experiencia, es otra experiencia, es apropiarse de las calles, apropiarse de la ciudad y de la propia historia. Es una experiencia distinta de la ciudad, porque cuando vas sola por la ciudad te sentís amenazada porque te pueden robar o, como decíamos el otro día, como mujer te sentís amenazada porque en la oscuridad te pueden hacer quién sabe qué; siempre vas amenazada. Hay una amenaza constante y, paradójicamente, cuando hay un estallido así, aunque la amenaza sea más grande que nunca, esa solidaridad de estar todos al unísono en lo mismo y apoyándose genera otra cosa. Esos son los momentos revolucionarios. Aunque no terminen en una revolución, lo son en sí mismos: se produce una transformación. Esa transformación que se produjo en esos seres hace que Chile ya no sea el mismo y la derrota que se siente es porque pareciera que Chile fuera el mismo, que eso no hubiera dejado mella. No, Chile ya nunca va a poder ser el mismo porque la participación fue multitudinaria. Lo que pasa es que no fue todo el país, eran menos de los que creían, pero eso no quiere decir que no haya habido una transformación en muchxs y esxs muchxs pueden multiplicar el efecto; pero tienen que poner el cuerpo para eso, no encerrarse sus casas.

Yo creo en la militancia que viví en el siglo XX porque por ahora no se inventó otra forma que ocupar las ciudades con la presencia física. Eso se hace hasta en el llamado Primer Mundo. Cuando pasó el 'No en nuestro nombre' en Estados Unidos, la gente salió a la calle por todo el país. No hay otro método para que se instale la potencia de un movimiento.



María Eugenia Kokaly: Tengo una última pregunta, ya que estamos llegando al final de esta entrevista, Nora, y que en realidad tiene que ver con el último libro que estás escribiendo ¿me puedes contar un poco de qué se trata?

Nora Strejilevich: Sí, te referís a *Tatuajes en papel*, pero primero te voy a hablar de un par de cosas. El 3 de octubre se presenta un libro mío, en Santiago, *Una sola muerte numerosa*, que fue escrito hace mucho, pero el pasado viene a in(formar) el presente de distintos modos y por eso el texto sigue vigente. Hoy volvemos a sufrir las amenazas de siempre que son –aunque vengan disfrazadas– amenazas de muerte (ya que reivindican lo hecho por los gobiernos cívico-militares). Le llamamos negacionismo, pero la palabra no alcanza para nombrar la dimensión de la amenaza. Entonces una responde con el relato de ese pasado que no es un relato aterrador, porque recoge las voces de quienes padecieron el terror (no sólo la voz de los secuestrados sino la de quienes vivieron bajo dictadura). Es un relato que muestra lo que nos pasó, desde la intimidad de la memoria. Se han escrito muchos testimonios, pero este es un testimonio literario y, como dice Laura Estrin, “la literatura puede”. La literatura apela a lo simbólico y, por lo tanto, puede obviar cronologías históricas; en este caso no leemos una historia *pasada*, más bien resuena, entre líneas, lo contemporáneo. En otras palabras, aunque el libro no te sitúe en nuestra época, simbólicamente habla del presente. En ese testimonio literario, que es polifónico, inserto recortes, incluso de diarios de la época (entre los setenta y los noventa), pero el relato nos interpela a todos en cualquier tiempo y lugar. El último libro, *Tatuajes en papel*, está escrito en base a cartas, las cartas del exilio. La correspondencia es un género en desuso porque ya no hay quién escriba cartas, de modo que rescatarlo me resultó muy entrañable. Yo me guardé todas las cartas que pude: las que me mandaron mis padres, las que no mandé, las que recuperé de las que mandé, las de mis amigxs, las de todxs. Así tejí una suerte de autobiografía, aunque siempre la escritura hace trampas y ficcionaliza. Algunas cartas, muchas, son realmente las que me quedaron y otras no, unas pocas (mías) las inventé en base a diarios que guardaba, pero es autobiográfico en el sentido de que repone una época y revela lo que nos impusieron: la partida del exilio. No me acuerdo en qué punto termina; cuando se terminan las cartas, ahí se termina el libro.

Tiene que haber un público lector particular para una narración así, uno al que le atraiga la intimidad de la historia. Porque en las cartas se escribe como se camina. A mí me gustan esas cuestiones, más bien azarosas. Una carta no está estructurada, más bien va surgiendo, como que me decías que pasa en una calle, donde la gente se va organizando frente a los ‘pacos’. Podríamos decir que ese movimiento se va organizando como una carta, de modo espontáneo. Van surgiendo formas de actuar, palabras, gestos. La carta no es ningún proyecto escritural, la escritura misma te va proponiendo caminos y la mano te va llevando. La mayor parte de las cartas que conservo están escritas a mano –tenía amigos que ya las escribían a máquina, pero parecían más frías; yo las escribía a mano y me dejaba llevar por ese ritmo–. Me sedujo la experiencia de retomar cierta forma de decir que se va perdiendo y que tenía un gran encanto; porque vos, a no ser que escribas con esa lentitud de la carta, no tenés oportunidad de meterte en los sentimientos, en los matices, en el instante. Con los



correos electrónicos se evaporó la posibilidad de ahondar en el detalle, no se espera eso de un correo electrónico. Por lo tanto, se pierde esa textura rica de la vida cotidiana, que en las cartas está vertida y que es parte constitutiva de la historia. En este libro esas cartas se completan con páginas que las sitúan, que las envuelven, que les dan un cauce.

Las cartas también se pierden por la vejez, porque se van borrando. A mí todo eso me atrae y fue muy conmovedor escribir este libro porque partió de la lectura de las cartas de mis padres, que eran muchas, muy descriptivas y hasta cómicas. Después leí las de mis amigos, incluso de alguno que ya no está. Es muy emotivo meterse en ese universo. Y es un privilegio tener ese archivo, porque muchxs no tuvieron cartas. Lxs hijxs de los desaparecidxs de repente tienen una carta del padre o de la madre, pero otrxs no tienen ninguna. Cuando las tienen las atesoran como quien conserva una parte de sí. La voz de esa persona que no está resuena en ellas, ahí palpita el ser querido, esa parte suya es el todo que nos queda. Yo no tengo cartas de mi hermano desaparecido, pero conservo anotaciones suyas en un cuaderno. Son marcas de esa persona, son huellas que atesoramos. Por eso me embarqué en este libro, porque esas voces cobran vida en el papel.

Suelo escribir sólo temas que me conmueven, y los ensayos no se salvan de esta regla. *El lugar del testigo*, por ejemplo, no es un ejercicio académico, es un libro afectivo. Si hablo del testimonio no me imagino una deposición judicial que, por supuesto, es indispensable, pero las historias mínimas, esas que se cuentan junto al fuego, digamos, son otras. Hace poco le presenté el libro a una editorial de los Estados Unidos para ver si me lo aceptaban en traducción, y un académico norteamericano lo catalogó de libro pseudo-académico y no me lo aceptó. Aunque lo dijo despreciativamente, en el fondo acertó. Es cierto y eso fue lo que me propuse. Es un libro con características que comparte la academia (tiene un glosario, las citas aparecen como corresponde en estos casos, etc.), pero se cuenta desde otro lugar. Soy testigo y hablo desde mi posición y lo hago adrede, no me resulta para nada indiferente el tema, no puedo pensar si no es desde mi-nuestra experiencia.

María Eugenia Kokaly
PUC

mekokaly@uc.cl